

SABERSE ESCRITORA. APUNTES A PROPÓSITO DE UN EPISTOLARIO DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA (1893-1899)

Leticia Romero Chumacero
Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Cuauhtépec

Un lunes, el 25 de diciembre de 1893, en su domicilio de 927 Broadway Street, en "San Francisco de California U.E.A." (sic), la profesora mexicana Laura Méndez Lefort viuda de Cuenca redactó una carta para Enrique de Olavarría y Ferrari, escritor de origen español, solicitándole un libro. Esa y otras veinticinco misivas fueron recibidas por él entre aquella fecha y el 16 de enero de 1899, y permanecieron en su archivo durante décadas, acompañadas de sendos documentos firmados por destacadas figuras de las letras y la política mexicana, como Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Caballero, Porfirio Díaz, Sebastián Lerdo de Tejada, Juan de Dios Peza, José López-Portillo y Rojas, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra, entre muchos otros. Casi un siglo después, hacia el final de 1994, la poseedora de las treinta y nueve cajas con esos documentos manuscritos, impresos y fotográficos, era doña Amalia Porrúa, integrante de una de las dinastías de libreros más importantes del país;¹ ella vendió el espléndido archivo del escritor a la Biblioteca Nacional de México, donde lo catalogaron, lo integraron a la Sección de Manuscritos del Fondo Reservado y lo digitalizaron parcialmente para su divulgación a través de la página electrónica Colecciones mexicanas, de la UNAM.²

Precisamente en la versión digitalizada es posible explorar las notables cartas de Méndez. Se trata de documentos originales firmados por ella: "Laura M. de Cuenca" (excepto el último, donde escribió completo su apellido paterno). Fueron remitidos desde distintos domicilios en San Francisco y Berkeley, en el estado norteamericano de California (veintitrés en el primer caso y una en el segundo); así como desde Toluca, Estado de México (dos). No deja de ser llamativa la constante mudanza de direcciones postales motivada por la inestabilidad laboral. La historiadora Milada Bazant ha registrado las circunstancias complejas en que la escritora y profesora vivió en Norteamérica, dependiendo de la remuneración producto de sus textos, así como de la impartición de clases de español para angloparlantes.³ A la sazón, Méndez era viuda y mantenía a dos hijos adolescentes: Horacio y Alicia; tiempo después, él se empleó en espacios editoriales y murió muy joven, en 1902. Alicia, por su parte, recibió el título de profesora en la Universidad de California (San Francisco), en 1896; falleció en 1937, nueve años después que su madre.

Al repasar las cartas que estuvieron en manos de Olavarría, es atrayente asimismo el vistoso membrete de estilo art nouveau de la Revista Hispano-Americana, fundada por la escritora en marzo de 1895 en el edificio Mills, en el centro de San Francisco. Como otros mementos de la época, aquel aludía a la unión de razas y al progreso por la vía de la educación. No sería el único proyecto editorial frecuentado por la profesora en ese país: durante su estancia colaboró con artículos, cuentos y poemas, en publicaciones nativas animadas por escritores hispanos que aprovechaban el mercado hispanohablante sureño, tales como El Internacional, La Raza Latina y La República, con sede en California todas ellas.

¹ Véase Salgado Ruelas, "Catálogo crítico del Proyecto Españoles en México, durante el siglo XIX. Archivo Enrique de Olavarría y Ferrari: organización, descripción y análisis", Gaceta Bibliográfica, enero-marzo, 2000, s.n.p.

² Remito a Méndez de Cuenca, "Cartas a Enrique de Olavarría y Ferrari", Españoles en México en el siglo XIX: www.coleccionesmexicanas.unam.mx/espanol.html

³ Cfr. Bazant, "La práctica educativa de Laura Méndez de Cuenca, 1885-1926", Diccionario de historia, en línea: <http://biblioweb.dgsca.unam.mx/diccionario/htm/indart.htm>

Una dama letrada

La autora de las cartas referidas había nacido el 18 de agosto de 1853 en la Hacienda de Tamariz, cercana al pueblo de Amecameca, en el Estado de México (muy cerca de la zona donde nació sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII, por cierto). En 1877 sus composiciones inaugurales, datadas tres años antes, fueron ponderadas por el propio Olavarría en la antología *Poesías líricas mejicanas* [sic] y por Juan de Dios Peza en el estudio *Poetas y escritores modernos mexicanos*. Casi veinte años más tarde, la peruana Clorinda Matto de Turner leyó en el Ateneo de Buenos Aires el comentario citado a continuación —quizá el más entusiasta y generoso entre los dispensados a Méndez por aquella época—:

Es una poetisa de un vigor sorprendente. Sus estrofas parecen hechas con el escalpelo anatómico que tritura la carne mórbida de igual manera que los nervios crispados o en tensión. Si Laura Méndez de Cuenca no tuviese tantas composiciones y rico bagaje literario en el periodismo, la que titula ¡Oh corazón! le bastaría para renombre como poetisa de primer orden.⁴

El rico bagaje literario de la mexicana incluiría con el tiempo algunos poemas seleccionados para su divulgación en antologías de importancia como *Poesías líricas mejicanas* (Madrid: 1878), *Poetas y escritores modernos mexicanos* (1878), *América literaria* (Buenos Aires: 1890), *Poetisas mexicanas* (México: 1893), *Antología de poetas mexicanos* (México: 1894), *Antología americana* (Barcelona: 1897), *Joyas poéticas americanas* (Córdoba: 1897), *México poético* (México: 1900), *Tesoro del parnaso americano* (Barcelona: 1903), *Antología nacional* (México: 1906), *Las cien mejores poesías líricas mexicanas* (México: 1914), *Florilegio de poetas revolucionarios* (México: 1916), *Parnaso de México* (México: 1919) y *Lírica mexicana* (Madrid: 1919). En los primeros meses de 1885, por ejemplo, comenzó a circular en la ciudad de México el primero de treinta volúmenes de *El Parnaso Mexicano*. En esa empresa editorial dirigida por el general Vicente Riva Palacio, fueron incluidas las colaboraciones de más de ciento ochenta personas. Entre la decena de señoras participantes estaba Méndez. El volumen 5, fechado el 15 de julio de aquel año, incluyó sus poemas “Adiós” y “¡Oh, corazón!” —tan aplaudido por Matto, según se ha referido. Además, en el volumen 8 (seguramente del 1° de septiembre), se imprimió el soneto “Magdalena”.

Pasados ocho años, José María Vigil reunió materiales para formar el volumen *Poetisas mexicanas*, a fin de presentarlo en una muestra de labores femeninas convocada en la ciudad norteamericana de Chicago. La esposa del presidente Porfirio Díaz, Carmen Romero Rubio, había encomendado a Vigil apoyar en tal empresa a la Comisión de Literatura de la Junta de Señoras, organizadora de la participación de México en Chicago. En esa ocasión Vigil seleccionó cuatro composiciones de Méndez de Cuenca, todas ellas conocidas por sus asiduos lectores: “Nieblas”, “Adiós”, “Invierno” y “Magdalena”.

Amén de lo anterior, se acumulaban en su haber las frecuentes colaboraciones en diarios y revistas como *El Correo Español*, *El Diario de México*, *Flor de Lis*, *El Mercurio*, *El Mundo Ilustrado*, *El Periódico de las Señoras*, *La Regeneración Social*, *El Renacimiento* (en su segunda época), *la Revista Azul*, *El Siglo XIX*, *El Mundo* y *El Universal*. Muchos de los materiales poéticos y narrativos difundidos a través de esos medios fueron remitidos por la autora desde Estados Unidos, país donde pasó una larga etapa —desde julio de 1891 hasta agosto de 1898— a la cual sucedieron otras estancias relacionadas con encargos oficiales hechos a ella en su calidad de profesora, primero entre 1902 y 1904 (en Saint Louis Missouri), y después entre

⁴ Matto de Turner, “Las obreras del pensamiento en la América del Sud”, *Boreales*, miniaturas y porcelanas, 1902, p. 258.

1906 y 1910 (en Europa). En efecto, Méndez fue comisionada para visitar “los establecimientos escolares de los Estados Unidos, [a fin de estudiar] sus métodos y sistemas de enseñanza y [rendir a la Secretaría] los informes relativos, indicando las mejoras que a su juicio [conviniere] implementar en México”.⁵ Con ese trabajo y el que desarrollaría en distintos países europeos, la escritora se convertiría en una de las primeras mexicanas llamadas a representar oficialmente a su país en el extranjero, en una época en que ellas aún no podían ser embajadoras.

Durante esos años de exposición internacional, Méndez vio sus obras en prosa, al fin, publicadas entre dos pastas. La novela titulada *El espejo de Amarillis* apareció en 1902. En 1910 una casa editorial francesa imprimió la colección de cuentos *Simplezas*, en tanto eran dados a conocer en México los dos volúmenes de *El Hogar Mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria*. También en el año del centenario de la Independencia, la profesora fue invitada de honor en la quinta conferencia de un ciclo organizado por los muchachos del Ateneo de la Juventud, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, entre otros.

“Don José Vicente Villada” era el título de una nota necrológica de su autoría, incluida en la Corona fúnebre del señor Gral. D. José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México, en 1905. En otra corona fúnebre, dedicada al editor Filomeno Mata, Méndez participó en julio de 1911; a ese se sumó un trabajo similar en 1914, tributado a la memoria de Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública fallecido en 1912, en honor de quien se imprimió el volumen *Diez civiles notables en la Historia Patria*. Ese librito estaba destinado a repartirse gratuitamente entre los alumnos que concluían el cuarto grado de educación elemental. Otra semblanza le fue encomendada tiempo después a la maestra: Álvaro Obregón. Ese esbozo biográfico —y casi hagiográfico— de quien fuera presidente de la República Mexicana no está fechado, pero con base en los datos vertidos por la autora puede ser situado hacia 1918 o 1919.

La vida por entregas

Otro detalle de interés dentro de las cartas aquí comentadas, radica en ciertas anotaciones manuscritas, seguramente dispuestas por el receptor. Ello se colige a partir del cambio de grafías, distintas a las de Méndez, y a partir de la información que proporcionan: “Contest^a 26 Julio”, “Escribí mi carta el 1° de febrero. / Mandé datos el 21”. Tan discretos pero sugerentes testimonios revelan la presteza con que Olavarría despachaba la correspondencia con escritores, políticos y demás personajes de la vida pública mexicana decimonónica, la de su amiga Laura por ejemplo. Son testimonio claro de que hubo respuesta a los envíos de la escritora; respuestas que, por desgracia, no parecen haber sobrevivido entre los papeles heredados por ella a sus descendientes.⁶

⁵ En el AHSEP, véase el Fondo de la Secretaría de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública, serie Personal Sobresaliente, caja n° 24, exp. 304. He citado la minuta fechada el 2 de agosto de 1902.

⁶ Entre los descendientes de Méndez destacan varios ligados a la política: Ignacio María Beteta Quintana (1898-1988), general y jefe del Estado Mayor del Presidente Lázaro Cárdenas, además de acuarelista; Ramón Beteta Quintana (1901-1965), secretario de Hacienda del Presidente Miguel Alemán, amén de embajador de México en Italia durante el gobierno del Presidente Adolfo Ruiz Cortines y director de los periódicos *Novedades* y *The News*; así como Mario Ramón Beteta Monsalve (1927-2004), secretario de Hacienda en el régimen del Presidente José López-Portillo, además de director de PEMEX y gobernador del Estado de México. También destaca otra línea familiar, orientada hacia “las tablas”: la vena actuarial de Rosa, hermana de Laura, fue heredada por sobrinos nietos, como la actriz Amparo Arozamena, muy popular en México.

En un examen más específico del contenido epistolar, sorprende no estar ante discursos de carácter amoroso. Ciertamente, las cartas fueron enviadas por una mujer a un hombre y en la tradición de la carta de amor, las hispanoamericanas –y no sólo ellas, justo es decirlo– han destacado históricamente.⁷ Así sea de paso, cabría asentar que descubrir un diálogo amatorio dentro de la producción literaria de Méndez implicaría repasar algunos poemas de su autoría, fechados cuando se relacionó sentimentalmente con el poeta romántico suicida Manuel Acuña: “Nieblas”, “¡Oh, corazón!” y “Adiós” (publicados varias veces en las últimas tres décadas del siglo XIX); y algunos de él, como “A Laura”, “Resignación” y “Adiós” (datados entre 1872 y 1873). En esos versos pudo haber un coloquio en clave amorosa que merece un estudio aparte;⁸ en las cartas californianas, en cambio, se desplegó una relación de carácter amistoso y profesional. Y en este punto puede agregarse que existe otro motivo de justo asombro: la temática, que gira en buena medida alrededor de su trabajo escrito, editorial y docente, aun si coincide con un fructífero periodo en la vida profesional de la autora, se antoja inusual en la comunicación postal de una escritora finisecular.

Hay que ir por partes. Las fórmulas de apertura o encabezamiento y las de cierre o despedida, amén de expresar deferencia y alguna asimetría jerárquica,⁹ dieron cuenta del afecto y la confianza entre Méndez y Olavarría. Ciertamente, el receptor había sido su profesor tanto en el Conservatorio de Música como en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, durante 1872 y quizá 1873, según revelan las propias misivas. Sin embargo no mediaba mucha distancia de edad entre ellos, toda vez que ella había nacido en 1853 y él en 1844, por lo que al iniciar la comunicación la remitente contaba con cuarenta años de edad y el destinatario con cuarenta y nueve; por otra parte, a la sazón ambos eran escritores de considerable notoriedad dentro y fuera del país (varias composiciones de la poetisa comenzaban a ser incluidas en antologías argentinas, españolas, norteamericanas y peruanas). Con todo, andados los años la alumna aún mostraba su respeto y amistad con frases como “Muy señor mío”, “Muy querido maestro y amigo”, “su afectísima servidora que besa sus manos” y “quedo de usted como siempre humilde discípula y cariñosa amiga que besa su mano”.

La retórica de la humildad era común en cartas de la época, hecho evidente al repasar el resto de la excepcional correspondencia del Archivo Olavarría. En las misivas comentadas aquí, tales expresiones se matizaron con otras de carácter coloquial; muestra de ello fue la forma como la profesora anunció el envío de un poema para el álbum de la hija de su profesor (“que Matildita no se avergüence por el mamarracho adjunto”), la frase con que ilustró su ritmo de vida en Estados Unidos (“en esta tierra para tener derecho a comer se necesita vivir echando los bofes”), o aquella donde se refirió a sus enfermedades (“la Pelona no me cogerá desapercibida”).

Pero la *captatio benevolentiae* en uso se equilibró también con actitudes no sólo firmes, sino denodadas y libres de ambages. Ello es notorio en la resuelta invitación que extendió a Olavarría y el editor Francisco Díaz de León para fundar con ella “un periódico mensual ilustrado, de información general acerca de nuestro país”. En el mismo tenor, y ante la falta de respuesta a su iniciativa, meses después asentó una “cachetada con guante blanco”: absolvió a su maestro por no contestar y le envió un ejemplar de la Revista Hispano-Americana; además, propuso a su lejano interlocutor ser agente de dicha revista en México y cuando el proyecto editorial fue

⁷ Al respecto han escrito Arambel-Guiñazú y Martín, *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica*, 2001, p. 21.

⁸ Desarrollo algunos aspectos de esa historia en “Laura Méndez y Manuel Acuña: un idilio (casi olvidado) en la República de las Letras”. *Fuentes Humanísticas*. I semestre de 2009, pp. 23-39.

⁹ Véase Donni de Mirande, “El discurso epistolar en Santa Fe durante el siglo XIX”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, enero-junio, 2003, p. 152.

truncado por una estafa del socio de la escritora, ésta registró con ánimo: "aún no pierdo la esperanza de otra oportunidad para hacer otro periódico".

Como se ve, el conjunto de cartas es significativo testimonio de una mujer que vivió sobre todo de su escritura. A cargo de dos infantes desde junio de 1884 cuando murió el poeta y periodista Agustín Fidencio Cuenca Coba, su esposo, Méndez arribó a Norteamérica a mediados de 1891; a Olavarría le describió aquello como una "¡Inolvidable y triste llegada por cierto!". De enérgico temperamento, la joven viuda fue emprendedora. En las cartas dio información sobre su permanente envío de colaboraciones a *El Renacimiento* (revista dirigida por don Enrique), *El Mercurio* (editado en la ciudad de Guadalajara), la *Revista Azul* (punto de encuentro de los modernistas mexicanos) y el periódico *El Mundo*; también refirió su ambivalente relación laboral con Rafael Reyes Spíndola, jerarca del periodismo nacional de la época; comentó su pasado como redactora en *El Universal* y su proyecto para un "cuentecillo" (que una vez avanzado se convirtió en la novela *El espejo de Amarilis*). En las misivas enumeró los avatares de la revista que fundó, reveló su labor como profesora de lengua española para angloparlantes y la intención de redactar un manual escolar; se entusiasmó con el hallazgo de libros a buenos precios ("Shakespeare ilustrado a 25 centavos, sin ilustrar a 5"), narró su visita a bibliotecas como la de Berkeley, pueblo que encontró "rabón" pero equipado con admirables servicios modernos; e informó sobre la encomienda que el Gobernador del Estado de México, el General Vicente Villada, le otorgó para que ocupase la subdirección de la Escuela Normal de Señoritas, en Toluca.

Pero ese no era el único terreno donde la escritora se alejaba de los lugares comunes (en este caso, el que presume un limitado rango temático en las epístolas femeninas). Ahí estaban por ejemplo los cuentos de un libro cuyo título es toda una provocación: *Simplezas*.¹⁰ Una provocación, en efecto, porque los relatos contenidos son todo menos simplezas; son historias sobre abusos de poder, adulterio, asesinato, incesto, ignorancia, injusticia, fraude, prostitución y miseria. Nada de tramas y personajes femeninos edulcorados y dóciles.

En materia de ensayo también había disidencias temáticas pues a pesar de que un porcentaje altísimo de la reflexión de las ensayistas mexicanas durante el siglo XX apuntó hacia lo que alguien ha denominado "ensayo de género",¹¹ Méndez abordó problemas sociales y políticos. Desde Estados Unidos, fue corresponsal de *El Universal* y de *El Diario del Hogar*; desde Alemania remitió artículos sobre asuntos culturales y políticos a *El Imparcial*. En *La Mujer Mexicana* (revista que dirigió durante algunos meses de 1905) disertó sobre las necesidades del país: educación, aseo y alimentación. Cabe añadir, incluso, que por aquellas fechas se convirtió en presidenta de la Sociedad Protectora de la Mujer, cuyos estatutos se dieron a conocer en esa revista. Una década más tarde, cuando ella se matriculó en cursos de la recién fundada Escuela de Altos Estudios, un profesor la identificó como "una señora de pelo cano", sí, pero oculto "casi siempre bajo el sombrero de moda" y vestida "de acuerdo con las primeras modas del feminismo [con] una chaqueta casi masculina, y [...] un sombrero de carrete"; su apariencia, añadió, era "la de una mujer ya emancipada desde aquellos años".¹²

Una escritora feminista

¹⁰ Véase, de Méndez de Cuenca, *Simplezas*, 1910.

¹¹ Cito a Pratt. Remito a mi artículo "Exterior, forastera y crítica: ensayistas mexicanas del siglo XX", *Tema y Variaciones de Literatura*, semestre 1, 2001, pp. 102-105.

¹² Monterde, "Manuel Acuña", *Cumbres de la poesía*, *Cumbres de la poesía mexicana en los siglos XIX y XX*, 1977, pp. 20-21.

Como se verá, Laura Méndez de Cuenca no suscribió del todo el esquema simbólico dado; ni siquiera lo hizo en *El hogar mexicano*, manual de economía doméstica para niñas. En el capítulo XIII de la primera parte del manual y en el XIV de la segunda, por ejemplo, imaginó a la habitante de tal hogar como probable poseedora de un estudio o biblioteca, siendo afecta a sostener intercambio epistolar; esto último a pesar de que, admitió, “todavía hay personas que sostienen el parecer de que las mujeres no deben escribir a nadie excepto a sus parientes más cercanos”. Era una pequeña licencia, en efecto, pero suponía un desplazamiento en el cual los espacios de mujeres se diversificaban. La sola presunción de un aposento habilitado ex profeso para esas actividades apuntaba hacia lo que algunos años después plantearía una escritora inglesa como cardinal para el surgimiento de escritoras profesionales: un “cuarto propio”, lo llamó Virginia Woolf.

No contenta con tal concesión, la autora se tornó provocadora y advirtió —como haría en sus cuentos—, que no todas las mujeres se emancipaban del hogar paterno en circunstancias favorables, por lo cual era indispensable que supieran echar mano de lo pertinente para vivir, incluso sin la compañía masculina: la escritura en ese caso representaba una profesión posible —lo había sido para ella— en tanto el matrimonio era develado como una inversión no siempre redituable. (Y es difícil mencionar esto sin considerar cuán convencida podía estar al respecto quien enfrentó la condena social al embarazarse sin estar casada y enviudó cuando apenas superaba los treinta años de edad, teniendo a su cargo dos infantes.) No sólo eso, la profesora manifestó la conveniencia de que los varones apelaran a la razón para comprender que las transformaciones aparejadas a la modernidad los impelían “a reconocer que la mujer es y debe ser su compañera y que, como tal, debe también compartir con él el trabajo y la responsabilidad individual”. En este punto el llamado al orden implícito en el manual se desarticulaba ligeramente y permitía el asomo de contenidos latentes cuyo testimonio puede resumirse en una frase: “el patriarcado nunca ha ocupado la realidad entera”.¹³ El espacio femenino por excelencia, lejos de ser escenario perenne de encierro, en esas páginas era susceptible de relecturas significativas para el desarrollo de ambos sexos.

Las sediciosas ideas de Laura Méndez sobre los roles sexuales eran bien conocidas. En un artículo de 1908 se atrevió a satirizar cierta nota extraída de un periódico vienés donde se sostenía que para las mujeres mexicanas “no hay otra cosa que la familia: esposo e hijos”.¹⁴ Su literatura, pues, mostraba acremente la existencia de espacios donde el esquema familiar tradicional no existía y las mujeres debían valerse de conocimientos y ardides varios para “desplegar las alas” —como deseaba la protagonista del cuento “Heroína de miedo”—¹⁵ a pesar del franco rechazo de quienes preferían verlas confinadas en el hogar. Por razones como esas la propia cuentista fue objeto de descalificaciones: hubo quien la llamó “virago desaforada”,¹⁶ es decir, mujer varonil que obra sin ley ni fuero, atropellando por todo, según definiciones del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

En algunos artículos la escritora fijó su postura en torno de eso que su época llamó con elocuencia “la evolución de la mujer”. En uno de ellos depositó su

¹³ Debo la inspiradora frase a la doctora María-Milagros Rivera Garretas, de la Universitat de Barcelona.

¹⁴ Méndez de Cuenca, “Lo que de la mujer mexicana piensa un austriaco”, *El Imparcial*, domingo 5 de enero de 1908, pp. 8 y 11.

¹⁵ Cuento incluido en *Simplezas*, pp. 139-154.

¹⁶ Escaja cita un comentario vertido por Victoriano Salado Álvarez, en “Guardad la lira y deshojad violetas. La estética disidente de Laura Méndez de Cuenca”, *Delmira Agustini y el modernismo: nuevas propuestas de género*, 2000, p. 145. Agradezco a la doctora Escaja la gentileza del envío de este provocador trabajo suyo.

confianza en el progreso social y achacó a la “evidencia de la especie” el arribo a la “época patriarcal”: “lisonjeado de ser muy principal factor en la reproducción de la especie humana, [el varón] arrebató el mando a su consorte”.¹⁷ Tras un largo memorial de agravios derivado de aquel despojo inicial, advirtió que durante siglos la mujer vivió “en la esfera servil que se le tenía como jaula, donde sus alas se estropeaban al menor impulso de vuelo”.¹⁸ Tal encierro provocó una inteligencia que “degeneraba en imaginación mórbida [...] histerismo [...] la inutilidad de la vida monástica [...] las torpezas sáficas”. A fin de atenuar el duro panorama, Méndez echó mano de la creación de una genealogía de mujeres que llevaba implícita la muestra de los progresos alcanzados; la lista incluía a “la intrépida doctora que disputa a las Parcas su presa, empuñando el escalpelo y el forceps”, así como a una “apasionada locamente de la justicia”. Desde luego tenía en mente a Matilde Montoya y María Sandoval: primera doctora en medicina y primera abogada mexicana, con quienes convivía en la redacción de *La Mujer Mexicana* y en las sesiones de la Sociedad Protectora de la Mujer, de la cual, dicho sea de paso, Méndez fue Presidenta entre 1904 y 1905.¹⁹

En aquel artículo, titulado “La mujer mexicana y su evolución”, aplaudió lo que vislumbraba en el futuro de la nueva mujer: “se bastará a sí misma”, por lo cual no acudirá al matrimonio “por temor al desamparo” y se casará “como quiera, con quien quiera y cuando quiera; y si no le [resulta conveniente, permanecerá] soltera sin vestir santos ni criar sobrinos”. No obstante, reconoció, esa mujer que poco a poco acompañaba al hombre en la vida pública aún no era reemplazada en el hogar, del cual seguía siendo “reina y diosa”. Al final, Méndez de Cuenca tradujo su posición en torno al tema suscribiendo la convicción siguiente: “La evolución feminista en México se está realizando cabal”.

Y precisamente en un artículo del año siguiente examinó el extraño malestar masculino en lo tocante al feminismo, “nuevo [sólo] como impulso de solidaridad”. No objetó del todo la atención femenina en el hogar, empero argumentó la pertinencia de que los hombres compartieran “el sentimiento y la virtud lo mismo que la ciencia y el arte”. Atinadamente logró identificar a las protagonistas de esa rebelión que ella había visto viva en Europa y Norteamérica, como integrantes de la clase media ilustrada que lenta pero tenazmente arribaba a las universidades, logrando la educación que podría modificar y mejorar todo: “Estas son las que quieren ser médicos, abogados, legisladores [...] en vez de muñecas de tocador”.²⁰

Su enfoque no era ingenuo, carecía de contemplaciones. La novelita “La confesión de Alma”,²¹ por ejemplo, narra con extrema dureza la desilusión de una mujer cándida que vivía de sueños, haciéndola responsable de sus errores, de su incompetencia emocional. El de Méndez de Cuenca, pues, no era un canto a lo femenino sin más, sino el reconocimiento de la existencia de una clara e injusta desigualdad que debía refutarse con base en argumentos ilustrados, aparejado de la certidumbre en la posibilidad de potenciar la diferencia: no imaginaba a las mujeres totalmente fuera del hogar ni convertidas en nuevos machos, sino integrando con armonía sus actividades domésticas con las profesionales. Y no las

¹⁷ Méndez de Cuenca, “La mujer mexicana y su evolución”, *El Mundo Ilustrado*, 1° de enero de 1906, s.n.p.

¹⁸ Es interesante observar la insistencia de Méndez en las imágenes de encierro; se trata de una inquietud presente asimismo en la imaginación literaria de escritoras británicas decimonónicas. Véase Gilbert y Gubar, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, 1998, *passim*.

¹⁹ Véase “Sociedad Protectora de la Mujer”, *La Mujer Mexicana*, marzo de 1905, p. 2.

²⁰ Méndez de Cuenca, “El decantado feminismo”, *El Imparcial*, domingo 17 de noviembre de 1907, pp. 10-11.

²¹ Méndez de Cuenca, “La confesión de Alma”, *El Mundo. Semanario Ilustrado*, 26 de abril de 1896, pp. 257-260.

veía solas en ese tránsito: imaginaba a los hombres participando y beneficiándose con los cambios.

No sólo retórica

Todo lo anterior enfatiza el contraste perceptible entre la retórica de la humildad de las cartas y la industriosa vida de Méndez de Cuenca. En la correspondencia las frases de reverencia se alternaron con las de orgullo: "mi insignificante personalidad", "valor inquebrantable como el mío", "mi insignificancia literaria", "la eficacia de mis servicios", "con mi imaginación de mujer no puedo meterme en honduras", "soy ruda para dar mi opinión", "yo soy tan desventurada e impotente". Y a tales adjetivaciones se sumó la imagen que la autora creía inspirar en los demás: "una veces por lo que hice y otras por lo que hubiera podido hacer, siempre he tenido el poco envidiable privilegio de ser traída en las peores lenguas de mis caritativos paisanos". Entre la modestia reclamada por el código en uso y la conciencia del potencial propio, campeó siempre la burla fina y disimulada: vía de autocritica y medio para aligerar la seriedad de tal marco comunicativo. Ese rasgo fue también signo característico de buena parte de su corpus literario; es fácil ilustrarlo con artículos publicados en *El Imparcial* entre 1906 y 1910, así como algunos cuentos presentados primero ahí y luego en el tomo *Simplezas*. Su poesía y semblanzas, en cambio, eran tan solemnes como se esperaba que fueran los textos de una señora.

A partir del escrutinio de aquellos contrastes, es dable retomar los núcleos temáticos de las cartas. Son fundamentalmente dos: por un lado, el decurso de la actividad profesional de la escritora, presente en la mayoría de los mensajes; por otro, las muestras de cortesía (una felicitación por el año nuevo, un pésame por la muerte de la suegra de Olavarría y otro por la muerte de su hijo Ramón). Todo ello aderezado por confesiones personales como aquella donde contó minucias de su tratamiento contra la diabetes u otra donde reconoció haber sido olvidada por su familia en México. Esa distribución de temas elegidos para la interlocución es sugerente pues indica que por sobre todas las cosas la remitente confió en dialogar con un par que la reconocía como tal; no era sólo su amigo o ex profesor, no sólo su nuevo compatriota o confidente, era su colega de pluma.

Por ello, los encabezamientos y despedidas comentados líneas atrás son puertas etornadas hacia una habitación llena de sorpresas. La primera, la más importante, consiste en que Laura Méndez de Cuenca se concibió con naturalidad como escritora profesional en un ambiente donde la mayoría de las damas mexicanas vieron sus textos como catarsis o adorno, en todo caso como algo accesorio. Esa conciencia hizo de sus cartas documentos invaluable en la historia de la profesionalización de la escritura de mujeres. Puede objetarse a esta aseveración la existencia de pasajes donde Méndez justificó su trabajo apelando a una necesidad familiar ("estoy resuelta a que mientras pueda [...] ganar un peso para mis hijos, no he de permitir que el vecino lo gane antes que yo"); no obstante, es claro que algo más debió originar la tenaz redacción de artículos periodísticos, cuentos, novelas, poemas y semblanzas, que juntos abarcaron el largo período de 1874 a 1928 (mucho más de lo que vivieron la mayoría de sus ocho hijos). Quizá en el fondo estaba el placer de iluminar el mundo desde su filosa inteligencia; tal vez la impulsaba la irrefrenable determinación de contar historias, de conversar con la desenvoltura, juicio y fervor con que lo hizo en sus cartas a Enrique Olavarría, su colega.

Bibliografía

ARAMBEL-GUIÑAZÚ, María Cristina, Claire Emilie Martin. Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica. Vol. I. Madrid: Iberoamericana / Frankfurt: Vervuert, 2001.

Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, de México (AHSEP), Fondo de la Secretaría de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública, serie Personal Sobresaliente: "Laura Méndez de Cuenca".

BAZANT, Mílada. "La práctica educativa de Laura Méndez de Cuenca, 1885-1926", en: <http://biblioweb.dgsca.unam.mx/diccionario/htm/indart.htm>

DONNI DE MIRANDE, Nélide E. "El discurso epistolar en Santa Fe durante el siglo XIX". Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. LXVIII, núm. 267-268, enero-junio, 2003.

ESCAJA, Tina. "Guardad la lira y deshojad violetas. La estética disidente de Laura Méndez de Cuenca", en: Delmira Agustini y el modernismo: nuevas propuestas de género. Editora: Tina Escaja. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2000.

GILBERT, Sandra M. y Susan Gubar, La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX. Madrid: Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, 1998.

MATTO DE TURNER, Clorinda. "Las obreras del pensamiento en la América del Sud" (1895), en: Boreales, miniaturas y porcelanas. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. "Cartas a Enrique de Olavarría y Ferrari", en Españoles en México en el siglo XIX. www.coleccionesmexicanas.unam.mx/espanol.html

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. "El decantado feminismo". El Imparcial, t. XXIII, núm. 4,065, domingo 17 de noviembre de 1907, pp. 10-11.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. El hogar mexicano: nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria. Primera parte, México: Herrero Hermanos, 1914.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. "La confesión de Alma". El Mundo. Semanario Ilustrado, t. I, núm. 17, 26 de abril de 1896, pp. 257-260.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. "La mujer mexicana y su evolución". El Mundo Ilustrado, año XIII, t. I, núm. 1, 1º de enero de 1906, s.n.p.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. "Lo que de la mujer mexicana piensa un austriaco". El Imparcial, t. XXIV, núm. 4,114, domingo 5 de enero de 1908, pp. 8 y 11.

MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. Simplezas. París: Paul Ollendorf, 1910.

MONTERDE, Francisco. "Manuel Acuña", en: Cumbres de la poesía, Cumbres de la poesía mexicana en los siglos XIX y XX. Conferencias impartidas por Monterde et al. Vol. I. México, Delegación Benito Juárez, 1977, pp. 20-21.

ROMERO CHUMACERO, Leticia. "Exterior, forastera y crítica: ensayistas mexicanas del siglo XX". Tema y Variaciones de Literatura, 16. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Semestre 1, 2001, pp. 102-105.

ROMERO CHUMACERO, Leticia. "Laura Méndez y Manuel Acuña: un idilio (casi olvidado) en la República de las Letras". Fuentes Humanísticas, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Año 21, I semestre de 2009, núm. 38, pp. 23-39.

SALGADO RUELAS, Silvia. "Catálogo crítico del Proyecto Españoles en México, durante el siglo XIX. Archivo Enrique de Olavarría y Ferrari: organización, descripción y análisis". Gaceta Bibliográfica. Enero-marzo, 2000.

"Sociedad Protectora de la Mujer". La Mujer Mexicana, t. II, núm. 3, marzo de 1905, p. 2.